

## NOSTALGIA DE ETERNIDAD

Como decía un pensador inglés del ochocientos, los seres humanos, tenemos guardada en el alma una nostalgia de eternidad, y es ese sentimiento el responsable de lo que nos hace humanos. Es una paradoja que buscar lo que no tenemos es lo que definitivamente nos hace ser lo que somos. La búsqueda de eternidad explica la poderosa fuerza creadora que nos ha permitido, a lo largo del tiempo, superar los límites conocidos en diversos ámbitos como lo social, económico, técnico, artístico, científico, psicológico, ético, espiritual, y un largo etc.

Con el paso de los siglos, nuestra experiencia creyente ha tenido una transformación que, a grandes rasgos, podemos describir como una evolución de lo intemporal a lo histórico, de lo individual a lo social, de lo moral a lo espiritual. En este camino hay muchos aspectos de nuestra fe que han tenido una luminosa expansión en nuestra conciencia, en cambio otros, se han ido empolvando y desdibujando hasta resultar incomprensibles para la cultura de hoy, al menos en una mirada superficial. Tal es el caso de la palabra central en el evangelio de hoy. El texto nos dice: «En verdad, en verdad les digo: si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día... Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de sus padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Una evolución importante de nuestra conciencia ha sido caer en cuenta que, hasta ahora, arbitrariamente, hemos pensado en la plenitud, la vida eterna y los mejores tiempos, proyectando todo longitudinalmente hacia adelante, al futuro. Sin embargo, en los tiempos actuales, surge con mucha fuerza la tendencia cultural y existencial a reconocer el presente como el tiempo del apogeo y la total realización. Mucha gente rechaza esta mirada, catalogándola de inmediatismo, superficialidad y hedonismo. Pero, lentamente vamos aprendiendo a reconocer que el presente inmediato en que vivimos, es la dimensión visible, inmanente y cronológica, de otra dimensión que es invisible, trascendente y espiritual, oculta detrás de lo inmediato. La comprensión de la plenitud se va desmarcando del eje longitudinal que marca al futuro, y se va mudando al eje transversal de la vida, como una realidad recóndita que contiene, exalta y colma toda la realidad inmanente.

Hemos evolucionado desde una comprensión de la eternidad como atemporalidad, como lo otro del tiempo, y negación de su continuidad, para comprenderla como eternidad en el tiempo. Como la experiencia en que se conjugan como plenitud, todas las dimensiones del tiempo; momentos en que el presente que vivimos, que es nuestra única realidad, condensa todo nuestro pasado y todo nuestro futuro; momentos en que no experimentamos nuestra vida en dimensiones durativas si no de apogeo. Todos hemos tenido momentos así, que expresan la eternidad en el tiempo. Sin embargo, también experimentamos intensamente la nostalgia por la eternidad en el modo en que nuestra alma responde a sus llamados, a través de la esperanza, y de nuestra espontánea disposición a tener expectativas irrenunciables cuando la realidad nos amenaza.

La promesa de vivir para siempre, nos recuerda agudamente aquello de: “He venido para que tengan vida y vida en abundancia”. Jesús nos extiende una inspiradora invitación a comulgar con la vida, como ese lugar en que percibimos las huellas de la ternura de Dios, escondidas en la eternidad de los pliegues del presente, las que podemos reconocer gracias al anhelo que habita en nuestra alma de llegar a ver un amanecer que nunca llegue al ocaso. ¡Amén!

Ana María Díaz, Ñuñoa, 18 de agosto de 2024